

**DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Carles Gri, monje de Montserrat**  
**15 de julio de 2007**  
**Dt 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10,25-37**

Hermanos: la Ley de Dios es el centro de la liturgia de hoy. La primera lectura afirma: *el Señor tendrá el gozo de hacerte feliz, como lo tenía hacer felices a tus padres, si tú escuchas la voz del Señor tu Dios, guardando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el Código de esta Ley; conviértete al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda el alma* (Dt 30,9-10). Dios se ha hecho cercano en la vida del hombre, nos ha manifestado su designio sobre nosotros con su Ley. No se trata, evidentemente, de una ley abstracta, impuesta desde fuera, es una ley armonizada con las tendencias más profundas de nuestra naturaleza, coincide con las exigencias y expectativas más íntimas de nuestro corazón necesitado de plenitud, de amor y de felicidad. *El precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda ni inalcanzable* -continúa el texto- *El mandamiento está muy cerca de ti; en tu corazón y en tu boca. Cúmplolo* (ib 11.14). Esta palabra se convierte en inefablemente próxima en la plenitud de los tiempos, cuando la Palabra eterna de Dios, Cristo, se hace carne y planta su tienda en el medio nuestro. Entonces, él nos revelará plenamente la voluntad divina sobre el hombre, expresada en la Ley, y nos enseñará a encarnarla mediante su vida centrada en la verdad y en el amor.

El Evangelio (Lc 10,25-37) nos presenta justamente a Jesús dialogando con un maestro de la Ley sobre el primer mandamiento: el amor a Dios y al prójimo. El maestro no pregunta para saber, sino para ponerlo a prueba (ib 25); tras obtener una primera y clara solución, intenta justificarse planteando todavía una segunda cuestión: *¿Y quién es mi prójimo?* (ib 29). Jesús no responde con una definición, sino con la historia de un pobre hombre caído en manos de unos bandoleros, desnudado, apaleado y abandonado medio muerto justo en medio del camino. Dos personajes pasan por su lado - un sacerdote y una levita -, lo ven y, sin embargo, siguen adelante sin auxiliarlo; solamente un samaritano se detiene compasivamente y lo socorre. La conclusión es clara: no hacer distinciones de religión, ni de raza, ni de amigo o de enemigo; cada hombre necesitado de ayuda es *prójimo* y tiene que ser amado como se ama cada uno a sí mismo. Y todavía más: la parábola obliga al maestro de la Ley a reconocer que el que ha cumplido la voluntad del Señor no era un hombre instruido en la Ley de Moisés -como el sacerdote o la levita-, sino un samaritano, tenido por los judíos como incrédulo y pecador.

La segunda lectura (Col 1,15-20) trata un argumento distinto; proclama las grandezas de Cristo: en primer lugar, su primado absoluto sobre todo el universo, creado por él y para él (cf ib 16), y, en segundo lugar, su soberanía sobre los hombres, reconciliados con Dios por la sangre, de su cruz (cf ib 20). A pesar de todo podemos hacer una relación con el Evangelio de hoy: Jesús, que es ciertamente *imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura* (ib 15) quiere ser reconocido y amado en nuestro prójimo, por pequeño y humilde que sea. *Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,40). Lo cual equivale a decir que nosotros, cristianos, tenemos que amar al prójimo no sólo como a nosotros mismos, sino como estamos obligados a amar el mismo Jesús, nuestro Señor y Salvador. Si seguimos este sendero, los hombres podrán contemplar finalmente la aurora clara del Evangelio, ya que en nuestras vidas: la verdad habrá roto el engaño; el perdón la riña; el amor fiel la deserción vergonzante y la caridad solidaria el hambre y la miseria. ¡Así sea!